

1

Normalmente, si agacho la cabeza y camino deprisa, puedo soportar el trance de atravesar el parque de juegos infantiles de la calle Ochenta y uno Oeste. En el ascensor empiezo a prepararme, miro fijamente la gran flecha de latón mientras baja desde el séptimo piso, al sexto, el quinto y el cuarto. En ocasiones el ascensor se para y sube uno de mis vecinos, lo que me obliga a romper mi coraza de soledad y fingir urbanidad. Si, por ejemplo, se trata de un vecino joven, el guitarrista de la cresta de pelo rojizo y la piel escamosa, o el director de cine con vaqueros arrugados y chaqueta de piel de color mantequilla, basta un gesto educado con la cabeza. Pero la gente mayor es más exigente. Las mujeres de pelo enlacado enfundadas en estudiados vestidos bohemios, cuyos pliegues morados sobresalen por debajo de los dobladillos de sus capas de lana negras, requieren una conversación sobre el tiempo, lo desgastada que está una zona de la alfombra oriental del vestíbulo o los titulares de la sección cultural de la prensa. Y eso ya es casi insoportable, pues ¿acaso no ven que estoy ocupada? ¿No se dan cuenta de que la autocompasión obsesiva es una actividad que absorbe todo lo demás sin dejar espacio para la conversación? ¿No saben que la entrada del parque está justo al lado de los columpios de la calle Ochenta y uno y que si no estoy completamente preparada, si no me concentro y bloqueo mis sentidos a cualquier otro ruido que no sea mi propia respiración, es muy posible (incluso probable) que en lugar de cruzar a zancadas la zona infantil con la mirada clavada en las desnudas ramas grises de los árboles me desplome delante de la verja del parque mientras las voces agudas de los niños retumban en mi cerebro? ¿No entienden esas señoras, con sus peticiones, sus maridos banqueros fallecidos y sus abultados bolsos de Tod's, que si

dejo que me distraigan para hablar del fraude electoral cometido por los republicanos o de cómo la señora Katz, del segundo B, vio a Anthony, el nuevo portero, dormido en el vestíbulo el martes pasado por la noche, no conseguiré atravesar la zona de juegos para refugiarme en un rincón del parque? ¿Acaso no comprenden que la bárbara agresión de sus voces, el impaciente ruido sordo de sus bastones de metacrilato mientras esperan con insistencia a que masculle mis respuestas impedirán que llegue al único lugar de toda la ciudad donde casi soy capaz de sentir serenidad? Porque acabarán obligándome a caminar con paso cansino por la calle Setenta y nueve hasta el East Side, pegada a las mugrientas paredes de piedra e inhalando el humo de los autobuses urbanos. O lo que es peor, me obligarán a coger un taxi.

Hoy, gracias a Dios, el ascensor permanece vacío hasta que llega a la portería.

—Buen paseo, señora Woolf —me desea Ivan mientras me abre la puerta del vestíbulo para dejarme pasar.

Lo lleva haciendo desde el día siguiente de nuestra boda. Al principio intenté explicarle que seguía siendo la señorita Greenleaf. Y sé que me entendió. No es idiota. Pero se limitaba a sonreír, asentía con la cabeza, decía: «Por supuesto, señorita Greenleaf», y al día siguiente me saludaba con un: «Buenos días, señora Woolf». Aunque prefería eso a su respuesta cuando me trasladé a vivir con Jack y le susurré algo como: «¡Oh, no, por favor, llámeme Emilia!» Ivan ni siquiera se molestó en sonreír y asentir. Me miró fijamente tras sus gruesas gafas oscuras, y sacudió la cabeza como si fuese mi profesor de quinto y yo le hubiese decepcionado olvidándome los deberes o, peor aún, diciendo palabrotas en clase. «No, señorita Greenleaf», replicó. Eso fue todo. No dijo un «No sabría...» o «Me sentiría incómodo». Simplemente contestó «No». Porque, naturalmente, jamás llamaría a ninguno de los vecinos por su nombre de pila; ¡cómo podía haberseme ocurrido semejante idea!

Hoy sonrío, asiento con la cabeza, salgo por la puerta y cruzo la calle en dirección al parque.

Febrero es el mes más largo del año.

El invierno nos persigue desde hace una eternidad y da la impresión de que la primavera no llegará nunca. El cielo está gris y lleno de nubes, de la clase de nubes que se ciernen sobre la ciudad, que no amenazan con la nieve de las postales navideñas o con un chaparrón de agua fría y limpia, sino con chuzos que derretirán la nieve de inmediato, dando la sensación de que lo que cae del cielo es barro amarillento. En las aceras hay amontonados montículos de nieve negruzca y bajar del bordillo es como el juego de la ruleta rusa: puedes acabar con el tobillo metido en agua negra helada y el calcetín y el zapato empapados. Normalmente me recluyo; enciendo la chimenea, me abrigo con mantas de felpa y calcetines de lana, vuelvo a leer a Jane Austen y los días cortos y oscuros transcurren más deprisa. Sin embargo, este año ansío abrazar la inexorable severidad del febrero neoyorquino. Necesito este mes de febrero. Incluso ahora, a finales de enero, es como si la ciudad hubiese notado mi aflicción y hubiese decidido demostrar su compasión. Los árboles del parque están especialmente desnudos; atizan el cielo melancólico con inertes ramas que no solamente han perdido sus hojas sino hasta la esperanza de tenerlas. Las pisadas de los paseantes han acabado por arrancar la hierba marrón y ahora sólo queda un lodazal cubierto de una capa de hielo manchada de excrementos caninos. El Bridle Path y el sendero que bordea el Reservoir están enfangados y en algunos puntos sobresalen raíces agarrotadas y entrelazadas que afean los senderos otrora lisos y provocan la caída de los que practican *footing* vestidos, apropiadamente, con forros polares.

Pero el parque de juegos infantiles Diana Ross está lleno de niños. En Nueva York los críos juegan al aire libre haga el tiempo que haga, excepto cuando es de veras inclemente, pues sus niñeras y sus madres siempre están ansiosas por abandonar los confines de sus pisos, hasta de los más espaciosos. Incluso en el día más deprimente del invierno, cuando los columpios están lo bastante mojados para traspasar los pantalones impermeables de nieve, cuando el cos-

toso suelo de goma está tan helado y tan duro que puede romperle a uno los huesos, cuando hasta el más pequeño trozo de metal del parque meticulosamente pensado para niños está lo bastante frío como para que una lengua rosada y regordeta se quede pegada a él hasta que una niñera dominicana vierte la última gota de un café moca del Starbucks sobre el punto de unión entre la carne y el columpio, los niños están ahí, con sus gritos y risas infantiles. Acelero el paso hasta que troto con torpeza mientras mis michelines se balancean sobre mis anchas caderas y los huesos me duelen cada vez que clavo los tacones en el suelo.

En cuanto las voces de los niños se mezclan con el zumbido de fondo del resto del parque aminoro el paso jadeante. En verano Central Park es como el campo, o como una versión del campo en la que el canto de los diversos pájaros compite con el silbido de las ruedas de los monopatines sobre el cemento y las flautas de los músicos ambulantes peruanos, que tocan melodías andinas como si fuesen Simon y Garfunkel. En primavera, cuando los cerezos han florecido y los montículos que rodean Sheep Meadow están cubiertos de narcisos, es fácil amar Central Park. En verano, cuando el Shakespeare Garden es una maraña de flores y ceremonias nupciales, y uno no puede recorrer medio metro sin tropezar con una hilera de asteres o un perro jugando al Frisbee, sientes amor por Central Park. En cambio, en invierno, las palomas vuelan por debajo de los olmos desnudos acercándose a los bancos de The Mall, húmedos por la nieve, donde se reúnen las ancianas solitarias y cuidadosas con bolsas de papel llenas de cortezas de pan. En invierno el parque está reservado a las personas que lo amamos realmente, las que no necesitamos el adorno de glicinas de flores tempranas, las que nos conformamos con las acacias negras cubiertas de nieve, las colinas enfangadas y el sonido del viento rugiendo entre las ramas desnudas. Siempre he pensado que la belleza auténtica reside en el refugio que proporcionan estas 337 hectáreas. Los carnavalescos tonos pastel de la primavera y el verano, y los intensos colores fuego y naranjas del otoño no son más que ringorrangos.

Acorto en dirección norte por el sendero paralelo al Reservoir. Otro parque de juegos infantiles se cruza en mi camino, pero está suficientemente lejos como para poder desviar la vista y no tener que mirar la cabaña Lincoln y el tobogán rojo y amarillo. Es tarde para las madres que hacen *jogging* empujando los cochecitos de sus bebés, así que, si la suerte no me falla, no tendré que verlas. El miércoles pasado salí de casa un par de horas antes para ver a una amiga que había decidido que una mañana comprando zapatos me sacaría de mi abatimiento y me convertiría de nuevo en alguien de cuya compañía ella disfrutaba. Naturalmente, no es eso lo que me dijo Mindy. Me dijo que su marido le había regalado por su cumpleaños unos Manolos del número equivocado y que quería acercarse a la tienda para ver si tenían un cuarenta y medio.

Ese día me encontré con un montón de madres primerizas agachadas detrás de los cochecitos de sus bebés, sus rechonchos traseiros de posparto en pompa y las manos sujetas a las asas mientras se ponían de puntillas y volvían a agacharse al tiempo que acariciaban a sus abrigados pequeños, que chillaban, reían o dormían en sus cochecitos de 750 dólares de la marca Bugaboo Frog, iguales que el que hay siempre a un lado de la puerta de nuestro piso, junto a la mesa de largas patas decorada con sedosas orquídeas. El mismo Bugaboo de tela vaquera azul que me produce urticaria cada vez que tengo que esperar el ascensor. El grupo de madres se agachaba y se levantaba al unísono y ninguna dijo ni mu cuando me detuve frente a ellas y gruñí como si me hubiesen dado un puñetazo. Me miraron y luego se miraron unas a otras, pero ni una sola habló cuando empecé a llorar ni cuando me volví y eché a correr por el camino, dejando atrás el primer parque de juegos infantiles y después el segundo hasta llegar a Central Park West.

Hoy tengo suerte. Las madres se han quedado en casa o han ido a tomar un café con leche tras el ejercicio. No veo a ninguna hasta que llego al Bridle Path, en el East Side. Pasa junto a mí tan deprisa que apenas tengo tiempo para fijarme en las bolas de músculo de sus pantorrillas, que laten con fuerza contra sus pantalones de

footing de color rosa chillón, y en las orejeras de piel a juego que cubren sus orejas. Los bebés que viajan acomodados en el cochecito de doble asiento para hacer *jogging* son diminutos bultos morados de narices rosas, que luego desaparecen. Pasan demasiado rápido como para provocarme algo más que una punzada de dolor momentánea.

En la calle Noventa, tras haber cruzado el parque sana y salva, consulto mi reloj. Mierda. Llego tarde, otra vez, sólo tengo cinco minutos para ir hasta la Noventa y dos y luego dirigirme al hotel Lex. Acelero el paso y siento una punzada en el costado. Mi largo abrigo bate contra mis piernas y con una mano intento mantenerlo cerrado. Podría abrochármelo, pero los botones quedan tirantes sobre mi pecho, y como no soy tan vanidosa como para comprarme un abrigo nuevo de invierno (no pienso gastarme cientos de dólares en una prenda que sé que no necesitaré dentro de un mes), en lugar de abrochármelo, me he puesto una gruesa bufanda para combatir la intensa humedad.

Sólo después de haber cruzado la valla blanca y las macetas de cemento, enseñar un documento de identidad en el mostrador de seguridad y pasar el detector de metales, justo cuando estoy delante de los ascensores, apoyándome en un pie y luego en otro, recuerdo que había adelantado el reloj un cuarto de hora para no volver a llegar tarde, para no darle a Carolyn otro motivo para que llame a Jack y le riña por mi estúpida negligencia, mi falta de atención hacia ella y todo lo que considera sagrado. Me siento desinflada, como si lo único que me mantuviese animada fuesen mis nervios y mi ansiedad. Cuando llega el ascensor me siento diminuta, soy del tamaño de un ratón, el ser más pequeño de la calle Noventa y dos Y.

Un grupo de mujeres entra conmigo en el ascensor. Dos están embarazadas; otra lleva un bebé junto al pecho en una mochila de piel negra de la casa Baby Björn, y la última empuja un cochecito Bugaboo idéntico al que hay aparcado a un lado de la puerta de mi apartamento. Porque, naturalmente, lo irónico es que pese a mi des-

tacada pericia como cartógrafa para recorrer Central Park sin ver un solo niño, mi parada final está justo en la boca del lobo. Mi objetivo, mi destino es la guardería de la calle Noventa y dos Y.

De haberla presenciado en el parque, tanta fecundidad me habría hecho pararme en seco. Central Park es mi refugio y que sea invadido por una brigada de bebés me enfurece y me destroza. Sin embargo, en el jardín de infancia estoy acostumbrada a cierta cantidad y tipo de tristeza. Aquí nunca me he sentido cómoda ni feliz. Acabar llorando en el ascensor al ver las mejillas de un bebé bien alimentado entra dentro de lo normal.

Las mujeres del ascensor me saludan con imperceptibles inclinaciones de cabeza, exactamente el saludo que les dedico a mis vecinos que me permiten semejante frialdad. Hago lo propio y clavo la vista en los números iluminados que hay encima de la puerta del ascensor mientras cuento el tiempo que falta para llegar a la sexta planta.

Como siempre, el vestíbulo de la guardería está decorado con espléndidos dibujos de colores hechos por los niños que cambian con cada festividad judía. Ahora celebramos Tu B'Shevat (fiesta del año nuevo de los árboles) y los niños han pintado diversos tipos de árboles. En el vestíbulo se proclama la proporción entre profesores y alumnos que hay en el centro y de la que éste tanto se enorgullece. Es una constatación de que el alumno es guiado con firmeza y paciencia, y de que la guardería es una fuente de ingenio y creatividad meticulosamente inculcada y de que su presupuesto para arte compite con el de la Escuela de Artes Visuales. Echo un vistazo a los dibujos para ver si hay alguno de William. Para la edad que tiene, William es un gran artista. Ha heredado los dedos finos y ágiles de su madre. Dibuja sobre todo paisajes marinos: peces y pulpos, tiburones de múltiples hileras de dientes y morenas. El último que ha hecho está colgado delante de su clase. Aunque, por lo visto, es el único niño que no ha participado en el homenaje a la celebración de los árboles. Al principio su dibujo me parece poco más que un enorme garabato hecho con lápiz rojo, pero cuando me acerco para verlo

mejor, constato que en la parte inferior de la hoja William ha dibujado un pez papagayo con los colores del arco iris. El papagayo está tumbado sobre un costado porque un pez espada le ha agujereado el vientre. El rojo que cubre la escena es la sangre que brota de las heridas del papagayo. Es posible que el dibujo sea una alegoría y que el papagayo simbolice al pueblo judío que pierde el vínculo con la tierra. Pero lo dudo.

Cojo el abrigo y el gorro de William del perchero y espero a que se abra la puerta de la Clase Roja. Este año a William le ha tocado el color rojo. El año pasado estuvo en la Clase Azul y el anterior en la Naranja. Como no se cansa de repetir, el naranja es su color favorito. Al parecer, es un color más interesante. Muchas de las cosas predilectas de William son de color naranja. Y no me refiero a las naranjas. No se trata de cosas tan prosaicas. Aunque no es que a él no le guste la fruta, porque le gustan las naranjas chinas, especialmente en conserva. Pero las cosas de color naranja que le gustan incluyen la paella con una pizca de azafrán, las mariposas monarca, los orangistas de Irlanda del Norte y de la Universidad de Siracusa, y especialmente los conos de tráfico. A él le gusta hablar de este tipo de cosas. También le gusta comentar las semejanzas y diferencias entre los diversos dromaeosauridos, sobre todo entre el *Dromaeosaurus* y el *Velociraptor*, cuál sería su demonio (naturalmente, un gato como el de Will Parry, el protagonista de *La daga*), y si Plutón debería o no haber sido incluido en el Cinturón de Kuiper. (William cree que no. Cree que lo de Plutón es un atraco. Cree que si desde el 18 de febrero de 1930, fecha en que fue descubierto por Clyde Tombaugh, ha sido un planeta, merece seguir siéndolo.) William tiene cinco años y a veces habla como un señor muy bajito de sesenta y dos. Todo el mundo encuentra encantadora su forma de expresarse; todos coinciden en que su precocidad resulta fascinante.

Todos menos yo. A mí William me parece insufrible.

¿Qué clase de persona siente eso por un niño inocente, aunque te corrija cuando pronuncias mal una palabra, un crío que calcula

con precisión tu índice de masa corporal mientras te estás comiendo un trozo de tarta de queso con chocolate, un niño que rechaza tus intentos por complacerlo con una intencionada sonrisa desdeñosa más propia de un adolescente con acné que de un alumno mofletudo de párvulos? Yo soy la adulta y por lo tanto debería ser capaz de querer a este niño a pesar de sus peculiaridades, y a pesar de mi sentimiento de culpabilidad por haber destrozado su hogar.

Abro la fiambarrera de William y tiro al cubo de la basura los restos de comida, aguantando la respiración ante el olor (una mezcla de leche agria y plástico). Me doy cuenta, aunque demasiado tarde, de que las madres me están mirando. Seguro que una de ellas le contará a Carolyn que he tirado las sobras sin fijarme bien en lo que William se ha dejado. Otro punto en mí contra. Una prueba más de que no se puede confiar en mí. Miro sin querer a la madre que lleva al bebé en la mochila. Me sonrojo, pero ella no. Aparta la vista y apoya una mejilla en la cabeza de su bebé. Puedo sentir su suave piel debajo de mi propia mejilla, su mechón de pelo contra mis labios, su ligero pulso bajo los finos huesos de su cráneo. Parpadeo y me vuelvo para estudiar el sangriento dibujo de William.

A estas alturas, el vestíbulo está abarrotado de madres y niñeras. Las puertas de las clases se abren y una profesora asoma la cabeza. «¿Ha venido la niñera de Nora?» Del interior sale una niña gorda y pelirroja. En el pasillo que hay delante de las clases Azul, Verde, Amarilla, Lila, Naranja y Roja tiene lugar una especie de coreografía de bienvenida. Los párvulos salen de uno en uno y saludan alborotados a las mujeres que los esperan. Éstas se arrodillan simultáneamente para cogerlos en brazos. Entonces le llega el turno a William. Permanece de pie en la puerta de la Clase Roja, esperando paciente mientras una mujer con un cucurucho con tres bolas de helado de chocolate abraza contra su pecho a una niña diminuta y pecosa. El pelo de la niñera es como una réplica de su cuerpo en miniatura, una torre que tiembla cuando coge a la pequeña en brazos.

William pasa junto a los balanceantes pies de su compañera de clase y viene a mi encuentro. Me inclino para abrazarlo torpemente con un brazo. Él se tensa y luego parece que se resigna a mi abrazo.

—¿Hoy has venido tú? —me pregunta.

—Es miércoles.

—Eso parece.

¿Qué niño de cinco años dice: «Eso parece»?

—Venga —digo—; vamos. —Necesito alejarme de la multitud de pequeños cuerpos. Puedo olerlos; su sudor huele a leche agria y su champú a fresa. Se arremolinan alrededor de mis piernas, son como arenas movedizas de manos pegajosas y mejillas sonrosadas. El sonido de las diminutas bambas de suelas de goma chirriando contra el suelo es peor que las uñas cuando arañan una pizarra. Tropezco con una fiambra de Spiderman y doy un puntapié a un par de chirucas. Sus cabezas me llegan a la cintura y con mis largos dedos podría acariciarlas y jugar con los rizos de sus cabelleras. Entonces recuerdo la nota que William trajo a casa el mes pasado; es probable que los niños tengan piojos.

—William, vamos —repito más fuerte de lo que me habría gustado. Dos de las madres me miran con las cejas arqueadas y las bocas fruncidas en señal de reprobación—. Llegaremos tarde —susurro, encogiéndome de hombros como si eso fuese una explicación, como si eso fuese a impedir que alguien telefonee a Carolyn. «No es sólo irresponsable; también es brusca.»

William deja que le suba la cremallera de su abrigo y que le abraque bien el gorro debajo de la barbilla.

—¿Dónde tienes los guantes?

Los saca de los bolsillos y se los coloco. Su pulgar izquierdo se resiste a meterse donde corresponde y durante varios segundos me peleo con el guante para introducir el dedo correctamente, pero al final me rindo.

—Listo —anuncio con una sonrisa forzada.

William me lanza una mirada siniestra y se dirige al ascensor. Durante el tiempo que me toma recoger el elevador que su madre

dejó en el armario de limpieza que hay junto a la clase, me espera mientras observa cómo se cierran las puertas del ascensor.

—Nos lo han quitado —comenta.

—Te apuesto diez dólares a que vendrá otro.

Nunca fue mi intención sentir lo que siento hacia este niño. Yo había dado por sentado que lo querría. Quiero muchísimo a su padre y estaba convencida de que a él lo adoraría. Ansiaba que William me quisiera. Jack me dejó conocerlo por fin cuando llevábamos seis meses viéndonos, unas cuantas semanas antes de que empezáramos a vivir juntos. Podría habernos presentado antes, pero prefirió dejar durante un tiempo esa decisión en manos de Carolyn, para que ella tuviera la sensación de que al menos controlaba algo. Jack sólo intervino cuando se dio cuenta de que, de ser por ella, William no conocería jamás a la mujer que compartía el lecho de su padre. Ésa fue una de las últimas conversaciones entre Jack y su ex mujer que yo no presencié, por eso ignoro cuánto tuvo que insistir Jack para conseguir que William, él y yo pudiéramos pasar en el Zoo de Central Park aquel sábado por la mañana.

Mi primer encuentro con el hijo me puso mucho más nerviosa que mi primera cita con el padre. Era muy importante la primera vez que nos miráramos a los ojos. Visualicé la escena una y otra vez en mi mente mientras me dirigía en metro hacia el norte de la ciudad. Estábamos en septiembre, pero parecía que fuese agosto, hacía un calor bochornoso, como un día del veranillo de San Miguel, hacía tanto calor en el andén del metro que costaba respirar, como si las moléculas flotasen más cerca del suelo (una especie de polvo licuado que se mete en la nariz y los pulmones). Cogí el tren en la estación cercana a mi piso de Stuyvesant Town, y cuando las puertas se abrieron en la calle Cincuenta y nueve tras sólo dos excesivamente breves paradas disfrutando del aire acondicionado frío y seco, me costó lo indecible levantarme y salir del vagón.

Jack y William me esperaban en la entrada del zoo. Jack llevaba

a William a hombros, y a sus tres años las piernas le llegaban por debajo de las costillas de su padre. Jack es guapo, de complexión robusta, igual que mi padre. Mide entre metro sesenta y siete y metro setenta, dependiendo de su estado de ánimo. Por naturaleza es optimista y alegre, y cuando está feliz parece mucho más alto. Las pocas veces en las que está deprimido se encoge, como si se doblara sobre sí mismo, como si quisiera desaparecer. En cierta ocasión me dijo que una de las primeras cosas que le atrajo de mí fue que, aun siendo bajita, nunca desaparezco. Al contrario, da la impresión de que hago lo posible para ser vista. (Eso es porque nunca me ha visto encogerme en la guardería de William.)

La madre de Jack es una judía de origen sirio y él ha salido a su familia materna. Tiene una nariz recta y afilada de delicadas aletas, el pelo muy oscuro, casi negro, y el iris de sus ojos es de color azul marino. Es un color intenso, penetrante y al mismo tiempo de un suave aterciopelado. No lo había visto en mi vida y la primera vez que lo hice me pregunté si sólo lo tendría él o si se reproduciría en sus hijos.

Los ojos de William son azules.

A Jack le gusta correr y escalar, y pese a no ser alto, es muy fuerte, quizá precisamente porque no es alto. Está musculoso y no tiene barriga. Los trajes le sientan de maravilla y tiene un estilo y una elegancia naturales, casi instintivas. Por ejemplo, aunque no se preocupa demasiado por la ropa, jamás lleva chaquetas entalladas cruzadas con dos filas de botones. Dice que con ellas parece aún más bajo. Semanas antes de conocernos, recién licenciada en derecho, me fui a comprar ropa con el objetivo de prepararme para mi nueva vida profesional, y entre el montón de trajes de chaqueta y vestidos rebajados que me compré había un vestido largo negro con solapas cruzadas y dos filas de botones de la marca Tahari. Después de que Jack me explicara su teoría acerca de las chaquetas cruzadas con dos filas de botones nunca pude volver a ponerme ese vestido sin sentir que estaba en una audición para el papel de un munchkin en *El Mago de Oz*. Di el vestido a una organización benéfica que

proporciona ropa a mujeres que intentan dejar de vivir de la asistencia social e incorporarse al mundo del trabajo.

Mientras avanzaba con dificultad, en medio del desagradable calor, al encuentro de mi amor y su hijo, vi que Jack sujetaba los pies de William y se apoyaba sobre los talones como si lo fuese a dejar caer. Pude oír los gritos de deleite de William agarrado al pelo de su padre con ambas manos y tratando de enderezarse mientras seguía acercándome a ellos. De no haber hecho tantísimo calor, habría dado media vuelta para correr las seis manzanas de distancia que me separaban del fresco reinante en el metro. Padre e hijo parecían tan felices, de pie debajo del Delacorte Clock delante del zoo. ¡Parecían tan felices...! Sólo faltaba una madre para completar la estampa perfecta de una familia feliz. Sin embargo, la madre estaba en su piso del número 1010 de la Quinta Avenida, en la esquina con la calle Ochenta y dos, tal vez llorando a mares, tal vez tomando dosis dobles de Ativan o Xanax. A lo mejor la madre repasaba viejas fotografías y cartas, tratando de hallar alguna explicación a la traición que había destrozado el triángulo perfecto de su familia. La madre no estaba y yo ocupaba su lugar, con una esperanzada sonrisa pegada a los labios y una bolsa de la juguetería FAO Schwarz en mi palma sudorosa para intentar sobornar a este niño y que se olvidara de que, en efecto, yo había arruinado totalmente su vida.

Enamorarme de Jack fue tan fácil que había dado por sentado que enamorarme de su hijo sería igual de sencillo. Aunque sabía que el chico no me querría de inmediato; no soy tan estúpida. Supuse que tendría que ganármelo, que poco a poco, con el paso de las semanas, los meses e incluso los años, la fuerza de mi cariño acabaría con sus reservas y diluiría su recelo y su resentimiento. William aprendería a quererme y un día se daría cuenta de que mi amor se había introducido en su vida y su corazón. Al fin y al cabo, era un niño muy pequeño, tenía sólo tres años. Pronto no recordaría el tiempo en el que yo no formaba parte de su vida. Tal vez no me querría como a una madre, pero sí como a una tía cercana, una confidente y buena amiga. Y él sería mi colega, mi cómplice y crío peque-

ño con el que entrenarme antes de ser madre. Me encantan los niños, siempre me han gustado. En mi adolescencia fui una canguro buscada y una monitora de campamento querida. Aquí, por fin, había un niño cuyo derecho a obtener mi afecto era irreprochable. Era el hijo del hombre al que yo amaba. ¿Cómo no iba a quererlo?

Cuando, al fin, me vio, Jack bajó a William de sus hombros. Estaba tan nervioso que le tembló la voz: «¡Mira, Will, ésta es Emilia!»

Si William se hubiese tirado al suelo para patear, yo hubiera manejado mejor la situación. Si me hubiese mirado con cara de enfadado o me hubiese vuelto la espalda, o incluso me hubiese dado una patada, yo le habría guiñado un ojo a Jack, comprensiva, y habría comenzado a andar hacia el zoo. Si se hubiese puesto a llorar suplicando volver con su madre, habría tranquilizado a mi novio con una compasiva y discreta palmadita, y habría dejado que se marcharan.

Sin embargo, William me ofreció una flácida mano de largos dedos y me dijo:

—Encantado de conocerte. —Yo sonreí incómoda y le di la mano. Sus dedos estaban fríos y algo húmedos, y tenía las uñas perfectamente cortadas, no mordidas.

—Yo también estoy encantada de conocerte —repuse—. Te he traído una cosa. —Le di la bolsa. La abrió y extrajo el dinosaurio de peluche que le había comprado. Jack me había comentado que William estaba obsesionado con los dinosaurios y que el Museo de Historia Natural era su lugar predilecto.

El niño de tres años sostuvo el dinosaurio a la altura del pecho y anunció:

—Los terópodos tienen sólo tres dedos.

Eché un vistazo a la sonriente criatura de diminutas y balanceantes patas delanteras. Era verde con aterciopelados lunares azules.

—Supongo que no es demasiado realista —concedí.

—No pasa nada. Gracias. —William le dio el dinosaurio de peluche a su padre, que lo escondió debajo del brazo y me sonrió como disculpándose.

Ahora había llegado el momento del guiño cómplice, pero por alguna razón no me vi capaz.

—Son casi las diez y media —dijo Jack—. ¡Vamos a ver cómo dan de comer a los pingüinos! —Y empezó a caminar hacia la taquilla del zoo.

2

Cuando estoy con William casi siempre me resulta imposible parar un taxi en la calle Noventa y dos Y. Es algo que nunca me pasa cuando voy a alguna conferencia o en las contadas mañanas en que lo llevo al colegio, así que sé que el problema no radica en la zona, sino en el maldito elevador. Los taxistas saben que tardaré unos minutos en fijarlo en el asiento trasero, en sentar al niño en él y en volver a desmontarlo al llegar a nuestro destino. Me gustaría llevar un cartel que dijera: «Prometo recompensarle». O quizás uno que rezara: «Mire, a mí esto me gusta tan poco como a usted. Es su madre la que insiste, y le juro que le daré una propina de cinco dólares, así que por favor pare y déjenos subir de una maldita vez. ¡Por favor!»

Un sij solidario o al borde de la desesperación tocado con un turbante de color azul pálido para su taxi, y yo abro la puerta y deposito en su interior la fiambarrera de William y mi bolso. El elevador del crío es de cinco puntos y para instalarlo hay que usar el cinturón del asiento del coche. Un día, hace algún tiempo, le enseñé a Jack una foto que había visto en Internet de un elevador diseñado para que el niño pudiese sentarse a mayor altura y utilizar únicamente el cinturón del coche que cruza sobre el hombro. Ese artificio me habría ahorrado tres minutos para ir de casa al colegio y tres más de vuelta, y quién sabe cuántas miradas de odio de los taxistas. Cuando Jack se lo comentó a Carolyn, ella se lo tomó como si yo hubiese sugerido atar a William al parachoques delantero.

En cuanto he instalado el elevador le digo a William:

—¡Venga, sube!

Finge que está muy ocupado contemplando una caca de perro endurecida parcialmente incrustada en la nieve.

—¡Vamos, William!

—Me pregunto a qué temperatura se congelará la caca.

—¡William!

—Como la caca está caliente, se congela más rápido que un polo, ¿lo sabías? El agua caliente se congela antes que el agua fría. La mayoría de la gente cree que el agua fría se congela más rápido porque su temperatura está más cerca del grado de congelación, pero no es así. El agua caliente se congela más deprisa.

—No está bien hacer esperar al taxista. —Estoy a punto de estallar. Un segundo más y cogeré al niño en brazos para meterlo en el taxi.

—Es debido a la evaporación. El agua caliente se evapora más deprisa.

—Sube al taxi, William.

Suspira.

—No quiero sentarme en una silla de bebé —protesta.

—¡He dicho que subas!

—No quiero sentarme en una silla de bebé —repite, esta vez más fuerte imitando al resto de los niños cuando tienen pataletas; al fin y al cabo, ha visto que les funciona. Ha visto cómo sus madres ceden a sus peticiones por extravagantes que sean (a cualquier cosa, lo que sea con tal de que dejen de chillar).

—No es de bebé —replico apretando los dientes. Noto que me empieza a doler la mandíbula. Sufro una disfunción temporal-mandibular, pero no es culpa de William. La padezco incluso desde antes de conocer a su padre. Me empezó en la facultad de derecho, cuando estudiaba para los exámenes acurrucada en una fea silla de teca de la biblioteca Radcliffe, subsistiendo a base de Coca-Colas *light* y Raisinettes, y me pasaba el día rechinando los dientes. Ahora que lo pienso, creo que la silla estaba tapizada con una tela de color naranja.

Sin embargo, sí que fue por culpa de William que tuve que empezar a llevar una férula de descarga en la boca. No estoy loca; sé que no lo hizo conscientemente, aunque creo que si no tuviese cinco años y poco conocimiento (algo que, sin duda, espero) de lo que

su padre y yo hacemos en nuestra cama con dosel, estoy segura de que a William le habría encantado que llevase la férula de plástico amarillento que tengo que sacarme de la boca y dejar en la mesilla de noche en un charco de saliva aceitosa y ligeramente maloliente cada vez que quiero hacerle una felación a su padre.

—No es una silla de bebé —insisto.

El taxista toca el claxon y William y yo subimos de un salto.

—¡Caray! —exclama él levantando un pie. Ha pisado de lleno la asquerosa caca de perro.

—¡Maldita sea, William! —protesto. Y le digo al taxista—: Lo siento. —Agarro la pierna del niño y froto su zapato en la acera para sacar la máxima porquería posible. A continuación lo cojo en brazos y lo siento en su elevador. Lo ato y rodeo el taxi hasta la puerta del otro lado. Al abrirla, oigo el estruendo de una bocina.

—Pero ¿qué coño hace, señora? —me grita alguien—. ¿Quiere que la maten o qué?

Miro de reojo al coche que ha estado a punto de arrancarme la puerta de las manos. Me encojo de hombros, en señal de disculpa o quizá de indiferencia, y me meto en el taxi dando un portazo. El taxista sij me está mirando por el retrovisor. Me mira con ojos tristes. Le he decepcionado, igual que a mi portero, igual que a mi marido y, al parecer, igual que a todo el mundo.

—A Central Park West con la calle Ochenta y uno —ordeno.

Mientras cruzamos el parque el taxi gana velocidad y me aflojo la bufanda del cuello. William y yo no hablamos. Nunca lo hacemos. Él mira por su ventanilla y yo por la mía. Un ligero hedor comienza a introducirse por las aletas de mi nariz. La caca de perro del zapato de William ha empezado a descongelarse.